

# ESPECTACULOS

CINE  
TEATRO  
MUSICA

## Autor desagradable

Era un gran alivio ignorar a Jean Genet, pero no podía durar mucho. En Taller de Teatro comenzaron a hacer teatro de vanguardia, no les pareció suficiente limitarse a Eugene Ionesco (*La lección, Las sillas*) y ahora anuncian *Las sirvientas* de Genet, una obra que seguramente dará que hablar. Así fue como Angel Rama dió previamente una conferencia sobre Genet (en Taller de Teatro, viernes 22) y dijo quién era el autor: un ladrón, un homosexual, un perverso en todo sentido imaginable. Si eso fuera simplemente vida privada se podría dejar quieto a Genet, que no sería el primer caso en ningún rubro. Pero además es un novelista, un dramaturgo, un poeta, y su obra no se aleja de su vida privada sino que se integra sólidamente con ella. Así que la alternativa es ignorar por completo al individuo y a su obra (que es una idea, con todo) o afrontarla en toda la línea. Ya hace años que Jean-Paul Sartre eligió afrontarla, y le colocó seiscientas páginas de prólogo a la edición de las obras completas; ahora Angel Rama hizo la misma elección, en una de las conferencias más difíciles de su carrera.

Hay que agradecerle a Rama los infinitos cuidados que se tomó para evitar el escándalo. No quiso mucha publicidad y no quiso que concurrieran menores: sus propios alumnos, por ejemplo. Puso de título "*Una literatura mefítica*" y ya desorientó o intrigó así a una parte del público: pocos fueron a verificar que lo de mefítico es una gentileza verbal para aludir a lo maloliente, y que si hubiera establecido "*una literatura de cloaca*" se habría ajustado igualmente al tema, aunque hubiera obtenido mayor resonancia y más público. Y en toda la charla, que no sólo fué documentada e informativa sino que tuvo las virtudes de la revelación, Rama se cuidó en el lenguaje hasta donde pudo. Tenía que sacar adelante el maldito asunto, se cuidó muy bien de elogiar o condenar a Genet, y fué objetivo como un periodista ideal. En sus particulares circunstancias, la conferencia fué una pequeña obra de arte.

Genet es francés, tiene ahora alrededor de 45 años, cuatro novelas, tres obras teatrales, muchos poemas y una obra peculiar que se titula *Diario de un ladrón* y que es autobiográfica. Como lo contó Rama, a los diez años ya robaba y vivía de eso; a los quince, y gracias a un reformatorio, ya era un homosexual y también un proxeneta. Alrededor de los 25 años, y sin abandonar sus carreras previas, se convierte también en un escritor, cuyas obras fueron prohibidas o reprimidas por su índole pornográfica. En 1942 fué encarcelado por varios motivos que incluyen la perversión, y durante la guerra y la ocupación no fué un héroe: hay motivos para sospechar que sus relaciones con oficiales alemanes no eran siempre publicables (así que algo publicó al respecto). En 1946, alrededor de sus 35 años de edad, los intelectuales franceses consiguen sacarlo de la cárcel, so pretexto de que a los escritores hay que tolerarles cosas; de esa época data también *Las sirvientas*, que es su primer drama y que es lo menos mefítico de su obra. Poco después sobreviene la edición por Gallimard de los textos completos de Genet. El prólogo de Sartre puede ser entendido quizás como un acto de amistad: según Rama, ese ensayo llega desde el título a la santificación de Genet, convertido en un símbolo de las fuerzas más oscuras del hombre. Sobre la situación actual del dramaturgo Rama informó muy poco, induciendo a pensar que mantiene su temática y su estilo, su forma de vida y su escasa cultura, alimentada solamente por la literatura popular de los kioscos.

El rechazo indignado y el escándalo moral y censor son sólo dos formas de apreciar a Genet, y Rama se cuidó de conformarse con esa superficie. En una capa más profunda, y con cierto aliento dantesco para bajar hasta allí, Genet apela al porcentaje de obscenidad y mugre que podría encontrarse en todo individuo (exceptuado el lector) y construye la más negra de las literaturas. Su actitud no es la de un turista ni la de un frío observador: no escribe sobre el robo o la homosexualidad o la infinita perversión sino desde esos terrenos, con una perspectiva insólita que es suya e incompañable, y con una sensibilidad que es, auténticamente, la preferencia por el mal olor, la muerte, las moscas o la corrupción. Los lectores de Proust estiman como altamente refinada la sensibilidad de un hombre que paladeó un bizcocho en el té y con ese gusto recordó mejor su infancia; con el mismo procedimiento, Genet huele

perfumes más cotidianos y crea literariamente recuerdos, sensualidades, ideas morbosas, obsesiones criminales. Su obra, dijo Rama, tiene mucho de fúnebre y de misa negra, y sólo en este siglo podía ser publicada y celebrada como introducción a una parte de la experiencia humana. Y aunque sería fácil creer que su intención es un realismo extremado, la estética de Genet es la contraria. La suya es una literatura imaginativa, desenfrenada, donde cada personaje juega a ser lo que otros creen que él es y donde se tocan todos los extremos de la perversión sexual y de la conducta irracional. No hay límites para esos temas, aunque Rama sugirió que dentro de la literatura negra Genet ya es un límite y no se podría ir más allá; tampoco hay límite para la forma, que no reconoce unidades de acción, de tiempo, de idea, y sustituye incansablemente unos planos por otros. Y desde luego que no hay tampoco límite para sus significados; se puede adivinar un deliberado anarquismo moral en esa obra, que decreta la vaciedad de Dios, la inexistencia de la piedad, la consagración al mal, pero es difícil ver en ese caos un sentido claro, así sea un sentido incompartible. Es apasionante escuchar una culta e informada disertación sobre Genet, pero la pregunta posterior y constante es la de saber por qué se escribiera y se difunde su experiencia personal. Es notorio que él solamente se siente vivir en esos retorcidos canales de su sensualidad, y cabría adivinar en Genet a un existencialista que ha elegido esa vida. Pero una obra literaria, teatro o novela, es necesariamente un intercambio con alguien, y en el caso de Genet es por tanto una apelación a lo más sórdido e inconfesable de su público. Una parte de ese público protestará su indignación; otra parte más reticente no querrá admitir que allí encontró poesía o belleza o verdad, aunque las haya encontrado. Ignorar a Genet sería más simple y seguramente más hipócrita: una variante sería reconocer su mundo como una parte del mundo real, y no confundirla con el todo. Como lo ve o lo tolera Rama, hay también una creación estética en Genet, salido de la calle, carente de formación cultural y sin embargo poseído de un nato talento literario, cuyo dominio del lenguaje es ya un asombro. Su visión es la de un mundo corporal que supone una corrupción de la belleza, pero esa corrupción es majestuosa; no hay estructura en sus novelas, pero tampoco hay arquitecónica de engaño. Y en la historia de la literatura, que en cada época debió padecer un adelantado o un incomprendido, quizás Genet tenga su mejor público en un siglo que todavía no es éste, y esa tolerancia se le pide al público de hoy.

*Las sirvientas* tiene solamente tres figuras: una es la patrona y otras son las sirvientas mismas, que se llaman Solange y Clara. En la descripción de Rama, la relación entre las tres ilustra todas las variantes del amor y del odio, sin excepción aparente, pero no hay unidad de concepción dramática en esos personajes, que reciprocamente se sustituyen entre sí: cuando la patrona no está, Solange se transforma en la patrona y Clara se transforma en Solange. Este juego de personalidad real o fingida, que tiene una raíz pirandelliana y que está barajando hasta la desorientación, se complica aún más por la falta de una precisa línea temática y por el vuelo imaginativo de diálogos y movimiento escénico. Y como faltaban complicaciones, Genet había dispuesto que sus intérpretes no fueran tres mujeres sino tres hombres homosexuales, una exigencia de la que oportunamente lo disuadió Louis Jouvet y que Taller de Teatro no ha tenido en cuenta para su próximo estreno. En última instancia, Genet tiene todo el derecho de ser mefítico, pero los demás tienen el derecho de no hacerle demasiado caso si no es imprescindible.

Como experiencia de teatro de vanguardia, ésta de *Las sirvientas* podrá ser sensacional, aunque como introducción a Genet sólo sea, en apariencia, una tímida aproximación. El estreno será un serio problema para los críticos (con excepción de los más solemnes, que sabrán prescindir) y también será otro problema para los públicos de las mejores familias; la función posterior con polémica, que es obligatoria en estos casos, requerirá versión taquigráfica. Es de esperar que ese debate sea dirigido por Angel Rama, que ha conservado la sensatez en medio de una obra que desafía toda cordura. Antes de Genet el mundo estaba más claro. — H. A. T.

24/Nov/1957

Pau